

do las cartas de Flaubert, que son fantásticas, y era un esclavo de la prosa, su prosa es excelente. Pero se supone que, al principio, eres malo escribiendo y tienes que ir mejorando. Y es posible hacerlo mejor.

—¿Así fue en su caso?

—Tardé un año en escribir mi primer relato. Se lo enseñé a Wally y me dijo: “Es bueno, pero es ficción. No habría que trabajar tanto el realismo. Conviértelo en ficción”. Me puse furiosa. Y pasé otro año trabajando. Volví a dárselo, y dijo: “Lo has convertido en ficción, pero ha perdido vida, hazlo de nuevo”. Y empecé el tercer borrador del relato.

—¿Por qué relatos? ¿Alguna vez, a lo largo de todos estos años, ha llegado a considerar siquiera la posibilidad de escribir una novela?

—Me encanta comprimir las cosas, condensarlas, reducirlas. Me encanta cortar. Creo que los escritores hacen lo que son capaces de hacer y quieren hacer, lo que les encaja. No tengo nada en contra de escribir una novela, pero me gusta dejar cosas fuera. Me gusta la elasticidad de la ficción corta, los saltos, el ejercicio. Realmente no creo en las formas *per se*. Más que en las formas, prefiero pensar en que hay distintos escritores que escriben distintas piezas de ficción. Es terrible generalizar, pero, en general, una novela tiende a ser lineal y está sostenida por una fuerza narrativa, y yo sospecho mucho de la narrativa lineal, de los lazos causales que arman las novelas.

—Han dicho de usted que es heredera de Raymond Carver y John Cheever, y está emparentada con Lorrie Moore y Ann Beattie. Pero creo que una de sus mayores influencias es Katherine Mansfield.

—Ay, sí, gracias por citarla. Adoro a Mansfield. Mis padres tenían una edición de sus cuentos, una edición preciosa, de finales de los años 20 o principios de los 30, y yo crecí con ese libro. No empecé a leer muy pronto, pero cuando lo hice, no paraba de leer aquel libro. No tenía ni idea de qué iba, pero estaba impresionada. A lo largo de los años, he vuelto a esos relatos una y otra vez, todavía lo hago. Creo que, en parte, escribir siempre me ha parecido algo mágico porque ella tiene una cualidad mágica muy particular, es como evanescente, no sabes cómo lo hace.

—Hablemos de su obra, de cómo construye sus personajes, cómo los elige. Porque sus protagonistas son únicos, no son gente corriente.

—No lo creo [ríe]. No tengo ni idea de cómo responder a esa pregunta, porque, en cierto modo, cuando escribo no uso mi cerebro hasta una etapa muy tardía. No pienso que necesite a ciertos personajes o a gente que haga unas cosas y no otras. Sé que no soy una excepción, creo que muchos escritores están absolutamente aturridos cuando acaban algo y se preguntan cómo ha llegado hasta ahí ese o aquel personaje. Todo junto es como ver una escena a través de

“Me encanta comprimir las cosas, condensarlas, reducirlas. Creo que los escritores hacen lo que son capaces de hacer y quieren hacer”

“Nueva York todavía conserva dos cualidades: una gran cantidad de energía y una gran cantidad de tolerancia, aunque menos que antes”

una mirilla y preguntarse: ¿qué está pasando ahí?

—¿Qué me dice de los finales de sus relatos? Sus cuentos no tienen final.

—Oh, no. Creo que sí tienen final. Me cuesta mucho encontrar el final, pero no me siento satisfecha hasta que no doy con el final como yo entiendo que debería ser, que tenga sentido para mí. Es cierto que no escribo relatos que tengan conclusiones desde un punto de vista tradicional. Aunque, realmente, me pregunto qué diferencia hay entre un final tradicional y los míos...

—Me gustaría preguntarle por *El crepúsculo de los superhéroes*, en mi opinión el mejor relato escrito hasta la fecha sobre el 11-S.

—Trabajé en ese relato de una forma muy distinta a como suelo hacerlo. Un par de días después de los atentados, pensé: nadie, en Estados Unidos o Nueva York, sabe cómo reaccionar, qué pensar, y todo esto va a cambiar de modos impredecibles y yo voy a olvidarlo. Quería conservar la impresión de ese momento. Sabía que no sería capaz de recordar adecuadamente, experimentaba diferentes sentimientos, hacia mí y hacia otra gente. Y creo que Estados Unidos, todo el mundo, iba hacia un lugar específico y sería imposible descifrarlo. Así que tomé notas diminutas y no intenté organizarlas. El relato creció después, pero esas notas me permitieron recordar sentimientos específicos.

—Nueva York no es sólo su ciudad, la ciudad en la que lleva 50 años viviendo, es, también, un personaje de sus relatos.

—No nací en Nueva York, aunque llevo viviendo allí por lo menos mil años [ríe], y la ciudad ha cambiado mucho durante ese tiempo. Vengo del Midwest de Estados Unidos, un ambiente políticamente muy conservador, plagado de granjas, algunas fábricas... Nueva York, cuando yo era pequeña, era el lugar ideal para los raritos, si no encajabas en ningún sitio, ibas a Nueva York. Y aún conserva

esa cualidad: en el momento en el que llegas, eres un neoyorquino. Todo el mundo piensa que cuanto aman cambia a peor, y yo siento que Nueva York, bajo la influencia de enormes dinámicas de dinero, ha cambiado, ya no te recibe como antes. La gente ya no puede ir allí como lo hacía antes, estudiantes, artistas, inmigrantes, simplemente gente curiosa... Pero, aun así, todavía conserva dos cualidades: una gran cantidad de energía y una gran cantidad de tolerancia, menos que antes, pero sigue siendo una ciudad tolerante. Creo que vivimos en una época que tiene un umbral muy bajo para casi cualquier tipo de ambigüedad, desviación, extrañeza, y Nueva York todavía acepta todo eso más. En Nueva York, aún hay lugar para los matices.

—Usted tiene un sentido del humor muy especial, agudo, muy inteligente, que no abunda mucho actualmente, es algo extraordinario. ¿Qué papel ocupa el humor en su literatura y en su vida?

—Bueno, el humor simplemente aparece en la escritura. El humor, en gran medida, es una cuestión de distancia: dónde estás en relación con una cosa; si estás lo suficientemente lejos, es gracioso. Yo no hago chistes, pero me fascina la extrañeza de ciertas cosas. Y, en mi vida... No tengo sentido del humor en absoluto [ríe]. Soy una persona irritable e impacienta, malhumorada, insoportable, pero tengo la suerte de vivir con esa persona con la que no estoy casada [ríe], que es muy inteligente, buena, amable y atenta, así que, de vez en cuando, me divierto, lo cual es maravilloso [ríe].

—La última pregunta tiene que ver con la compasión. ¿Cómo se relaciona con sus personajes en ese sentido? Porque escribe demostrando una gran compasión hacia ellos, sin rastro de moralismo.

—Me alegra mucho que diga eso, porque alguien, hace tiempo, me acusó de escribir de un modo muy frío, y me sentí tan asustada que le di la razón. Me gusta su comentario. Para mí, parte del interés o de la diversión de escribir ficción es poder ver las cosas desde el punto de vista de otra gente. Realmente, no es muy interesante no ver las cosas desde el punto de vista de otra persona.

—Lo dice en uno de sus relatos, *Taj Mahal*: “Lo agotador no es intentar ser otra persona, lo agotador es intentar ser uno mismo todo el rato”.

—Incluso si alguien es grosero contigo durante el día o hace algo que te moleste o te hiere o te incomoda, el mundo se abre de un modo bastante interesante y más o menos maravilloso cuando uno puede entender las motivaciones que están detrás de esos modos de ser o de actuar. Es maravilloso que sea parte de tu trabajo tratar de entender cómo reaccionará la gente, cómo se comportará, cómo pensará. Así que, sí, espero que lo que ha dicho sea cierto [ríe].

El señor Número Desconocido

Lynn Painter
Titania, 320 páginas

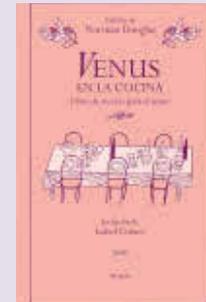
A Olivia siempre le ha perseguido la mala suerte... o quizás sea tan torpe como su familia cree. Pero cuando recibe un mensaje de un número desconocido preguntándole qué lleva puesto, acaba convirtiéndose en la relación más apasionada y entretenida que ha tenido en su vida, aunque haya empezado por error. ¿Podría estar cambiando su suerte? Colin Beck siempre ha considerado a Olivia la irritante hermana pequeña de su mejor amigo. Sin embargo, cuando esta se ve obligada a mudarse con ellos, Colin descubre que, con los años, se ha convertido en una chica diferente y muy sexy.



Venus en la cocina

Edición de Norman Douglas
Siruela, 233 páginas

Los más apetitosos reclamos del recetario inglés, francés e italiano conviven con insólitas y exuberantes elaboraciones del mundo grecorromano con las que maravillarse, desde grullas cocinadas con vino tinto hasta tuétano de leopardo en leche de cabra. Publicado de manera póstuma y firmado por Douglas bajo el juguetón seudónimo Pilaff Bey, *Venus en la cocina*, deliciosa, excéntrica y decadente colección de afrodisiacas recetas literarias, se convirtió de inmediato en un clásico de culto. Un libro directo y original, escrito con estilo, ligereza y cómica sensualidad por uno de los grandes narradores británicos del siglo XX. S.R.



Historia de un piano

Ramón Gener
Destino, 446 páginas

El protagonista de esta novela encuentra el piano de sonido aterciopelado que siempre ha querido en una pequeña tienda de un barrio barcelonés. Janusz Borowski, un hombre misterioso nacido en un bosque al este de Polonia, le advierte de que se trata de un instrumento muy especial, que deberá cuidar. El piano de cola, con el número de serie 31887, es un Grotrian-Steinweg construido en 1915 en la ciudad alemana de Brunsvic. El inesperado descubrimiento de un secreto oculto en su interior llevará al protagonista a iniciar un largo viaje en un relato que recorre la Europa del siglo XX.



LOS MÁS VENDIDOS

FICCIÓN

1. En agosto nos vemos. G. García Márquez (Random House).
2. La ciudad y sus muros... Murakami (Tusquets).
3. Tres enigmas... Eduardo Mendoza (Seix Barral).
4. El manipulador. F. Lorenzo (Roca).
5. Un animal salvaje. Joel Dicker (Alfaguara).

NO FICCIÓN

1. Adiós a la inflamación. S. Moñino (HCollins).
2. Hábitos atómicos. James Clear (Planeta).
3. Cómo hacer que te pasen... Marian Rojas (Espasa).
4. El precio de la verdad. Jesús Cintora (Ednes. B).
5. Recupera tu mente... Marian Rojas (Espasa).

EN GALEGO

1. O tren fantasma. M. Oruña (Xerais).
2. Pan galego. Edu Lavandeira (Xerais).
3. Sete dentes de león. Leticia Costas (Xerais).
4. O que me quedaba por dicirche. Alberto Mancebo (Xerais).
5. A noite das cebolas. Rosa Aneiros (Xerais).